

Federico Ibarguren, Juan Pablo Oliver, Héctor Llambías, Héctor Sáenz y Quesada, Nimio de Anquín y Alberto Tedín. No volveremos sobre lo dicho acerca de estas figuras y sus revistas en nuestra obra, ya citada, *El nacionalismo argentino*, pero cabe que digamos algo para completar el desarrollo de nuestro tema.

En primer lugar, la aparición de Marcelo Sánchez Sorondo como escritor político. Formado estrictamente en la cultura hispánica, con una versación filosófica y literaria que permanecía fiel a dicha tradición, Sánchez Sorondo partía del pensamiento clásico, ahondaba en la lección del Siglo de Oro y se apoyaba en el ensayismo que, como vimos, desde Menéndez Pelayo a Maeztu, planteaba una teoría de la sociedad y la cultura de amplio signo universal. No le eran ajenos los autores modernos y si Cervantes suele acompañarle de día y de noche, también reconoce en Benito Pérez Galdós la mejor lección sobre el vivir hispánico en el marco de la historia moderna. Por sus viajes y lecturas conocía los ensayistas españoles de los años 30 y 40: Rafael Sánchez Mazas, Eugenio Montes y Pedro Laín Entralgo, entre otros.

Sobre categorías de cuño orteguiano acerca de las élites dirigentes, pero con una experiencia de la historia argentina, el pensamiento de Sánchez Sorondo pretendía, también, la restauración de valores políticos y espirituales, en el marco de una revolución política. Flexible y realista, se ha hecho cargo de los múltiples cambios de la vida argentina y su obra *La Argentina por dentro* (1987), representa lo que llamaríamos un realismo político hispanoamericano, volcado en una prosa trabajada, donde el sabor barroco confiere relieve al orden del pensamiento. Sin duda, es el mejor escritor político que produjo el nacionalismo argentino.

Esta promoción de intelectuales, además, se vincula con el tercer viaje de Ortega y Gasset a la Argentina, en 1939. La hostilidad de muchos que lo habían admirado otrora, y la indiferencia, cuando no la inquina de otros, aisló al filósofo español, quien, como compensación, recibió la amistad y el interés de los jóvenes cuyo perfil estamos trazando.

César Pico, por ejemplo, que había publicado en *Sol y Luna* un ensayo doctrinario: «Hacia la Hispanidad», era un ensayista filosófico de formación escolástica que fue seducido por el pensamiento orteguiano, a partir del cual trató de elaborar una teoría de la sociología que recogiera ambas vertientes. De allí proviene una serie de ensayos de gran interés especulativo, pero cuya apreciación global requiere una edición orgánica de dichos textos, aún no realizada, y un estudio condigno.

Junto a Ortega, no sólo como un amigo joven y comprensivo, sino como el autor de una obra que, desde las bases orteguianas, piensa la realidad social y humana de la Argentina, Máximo Etchecopar representa también esta promoción de intelectuales formados en la tradición de dicho ensayismo.

Obras como *Con mi generación* (1946), *Esquema de la Argentina* (1966) y *El fin del Nuevo Mundo* (1984), representan el intento de repensar la realidad política desde el punto de vista de las estructuras sociales, con reflexiones que siguen vigentes, más allá de los cambios estadísticos, por la agudeza y hondura con que las pensó su autor y la elegancia de su estilo literario.

Arraigo de la presencia hispánica

En la década de 1940 y al calor de la guerra civil, la discusión ideológica, la difusión de libros y autores y la presencia viva de las grandes figuras de la España contemporánea, fueron hechos que contribuyeron a la vigencia hispánica en la Argentina.

Recuérdese, por ejemplo, que huyendo de la guerra civil también llegó, entre los años 1937 y 1938, el filósofo Manuel García Morente, de gran prestigio entre quienes habían seguido la marcha del pensamiento hispánico. Venía Morente en plan de revisar su posición intelectual y aun religiosa —se ordenaría de sacerdote en 1940—, dictó cursos en Tucumán y Buenos Aires y de ellos surgieron las *Lecciones preliminares de filosofía* (1938), obra de significación extraordinaria en la maduración de los estudios argentinos, a los cuales contribuyó con la claridad de su exposición, por encima, desde luego, del objetivo introductorio que motivaron sus clases.

Durante las décadas de 1940 a 1960, el diálogo con España se hizo muy difícil, en razón de la discordia civil y de los prejuicios que distorsionaban ideas, figuras y actitudes. Por esa razón, permaneció en un confinamiento solitario en Buenos Aires, nada menos que el gran Ramón Gómez de la Serna, uno de los creadores más originales y vigorosos de las letras de nuestro tiempo. Pero hubo quienes, como de Torre, según ya dijimos, siguieron trabajando para mantener expedito «el puente» y gracias a esfuerzos que, finalmente, confluyeron, se fue derritiendo el hielo.

De la herencia de Ortega en España hay que destacar a quienes mantuvieron el interés y el cuidado por nuestro país. Pedro Laín Entralgo, por ejemplo, conoció la Argentina y meditó sobre los nuevos aspectos de su realidad. Pero obras suyas como *Las generaciones en la historia* (1945), fueron divulgadas en la Argentina y contribuyeron a que se conociera mejor el método histórico preconizado por Ortega.

También Julián Marías, cuya obra de ensayista y filósofo mereció una gran recepción entre nosotros, recogió esta lección de Ortega y su presencia ha sido constante, ya sea por sus viajes y conferencias, como por sus artículos y libros, en una actitud de comprensión y generosidad para nuestro país que debe agradecerse. Sobre todo, porque no olvidamos su solidaridad, casi solitaria, en la hora amarga de nuestra guerra y derrota frente a Gran Bretaña.

A partir de 1950, se llevó a cabo una política de intercambio y cooperación cultural entre España e Hispanoamérica. Planteada con liberalidad y respeto, sin exigencias ideológicas ni doctrinarias, abrió España a los universitarios y les permitió reencontrarse con la lección de su historia y lo mejor de su presente. Gracias a ella, fue posible un trasvase de promociones de estudiantes que vivieron en España una experiencia decisiva en ideas, paisajes y valores de toda índole.

Los resultados de esa relación cultural van más allá del conocimiento abstracto de ideas y libros, pero quizá sea demasiado prematuro extraer sus consecuencias, en orden a la configuración del pensamiento argentino.

También es interesante señalar la presencia de núcleos importantes de catedráticos españoles en universidades argentinas, desde donde se alimentó el conocimiento de lo hispánico. Alonso Zamora Vicente, en Buenos Aires, Antonio Tovar en Tucumán, Angel González Alvarez y Antonio Millán Puelles en Mendoza y muchos más que sería largo mencionar, contribuyeron a mantener vigente esta lección de una España universitaria, que se proyectaba sobre las humanidades pero también sobre técnicas y saberes de toda índole. Hay ejemplos, como el de la escuela de estilística literaria, que en España promovían Dámaso Alonso y la transformación renovadora de la Editorial Gredos, cuya acción configuró hasta hoy los estudios literarios argentinos.

De este modo, la proficua labor que los exiliados cumplieron en la enseñanza, la prensa, las editoriales y el arte —desde la música y la literatura hasta el teatro y el cine—, fundida con lo que los argentinos llevaban a cabo en una íntima hermandad de esfuerzos, se completó con el aporte de otra España, que no estaba tan lejos que no pudiera enviarnos su permanente mensaje de cultura.

Con el tiempo han cambiado los protagonistas. Han muerto las grandes figuras que promovieron la renovación ideológica en los comienzos del siglo XX. Tanto los que se quedaron en España como los que se fueron. En muchos aspectos no han surgido nombres que pudieran igualar la talla de aquéllos, fenómeno que, por otra parte, se repite en todas las latitudes. De este modo, si tuviéramos que referirnos a los nombres que mantienen su vigencia entre nosotros, no tendríamos más remedio que repetir los de Ortega y Unamuno.

Un excelente ensayo filosófico es, por ejemplo, *Los nombres de Unamuno* (1963), de Ezequiel de Olaso, pensado con fidelidad al mensaje unamuniano. Y un orteguiano de rigurosa y estricta observancia, Jaime Perriau, fue capaz de construir el «geneámetro», sistema para clasificar *Las generaciones argentinas* (1970).

En la historia del gusto literario y de las modas del pensamiento, hay también ondas que suben y bajan. En la misma España se suele hablar hoy de lo poco que se leen aquellos grandes autores; nada tiene, pues, de extraño que algo análogo se pueda detectar en la Argentina. Pero guardémonos de emitir sanciones definitivas, que corresponden a un futuro ignoto. En la España contemporánea hay hombres e ideas, autores y libros, cuyo conocimiento sigue operando entre nosotros, en un proceso de asimilación y comprensión cuyos perfiles todavía no podemos advertir. Un ejemplo es la edición y difusión entre nosotros, de los libros, originales y renovadores, de Gonzalo Fernández de la Mora. Cabe suponer, pues, que estamos ante el desarrollo de otro capítulo de esta relación entre el pensamiento de los ensayistas españoles y las ideas argentinas.

Conclusión

Advertimos que apenas nos hemos internado en ese inmenso mar de ideas y sentimientos, autores y libros. Hemos trazado líneas gruesas, tanto como para avanzar

hacia una tarea que requiere largos esfuerzos. Pensemos en el ejemplo de la poesía. El catamarqueño Juan Alfonso Carrizo, hace muchos años, se asomó al océano de las coplas y romances y volvió del viaje con un tesoro que nos ha enriquecido para siempre. Lo mismo podría hacerse en otras formas poéticas y en la narrativa. Honda es la huella hispánica y, sobre todo en la literatura que capta hombres y paisajes provincianos, la lección de España es compleja y muy rica. Hay una literatura y un pensamiento elaborado desde las regiones, que guarda celosamente en sus entrañas la semilla hispánica, casi pura e intacta. Nombres como el del salteño Juan Carlos Dávalos, el tucumano Juan B. Terán o el cordobés Saúl Taborda, por ejemplo, tendrían que ser convocados para este examen que proponemos. Estampas en prosa como la del santiagueño Orestes Di Lullo, el sanjuaniano Antonio de la Torre o el mendocino Alfredo Bufano sólo han podido ser elaboradas a la sombra de los ensayos de Azorín.

Pero nos detenemos al llegar a esta ribera de la obra intelectual. Somos herederos de un legado incomparable por su singularidad en la especulación y en el arte, por la honestidad y pureza del mensaje espiritual, por la tenacidad con que ha reivindicado la libertad y el derecho a la justicia, y por la valentía con que ese pensamiento ha desafiado a los poderes que, tantas veces, han intentado rebajar el nivel de la humanidad hispánica. De allí venimos y será nuestro deber honroso continuar esa tradición, en cuya fidelidad reposa la capacidad para la obra original y creadora.

Enrique Zuleta Alvarez

